



JOEL C.

AUTOR DE ÉXITO DEL NEW YORK TIMES

ROSENBERG

MISIÓN
DAMASCO

UNA NOVELA



**JOEL C.
ROSENBERG**

**MISION
DAMASCO**



TYNDALE HOUSE PUBLISHERS, INC.,
CAROL STREAM, ILLINOIS, EE. UU.

Visite Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com y www.BibliaNTV.com.

Visite el sitio en Internet de Joel C. Rosenberg: www.joelrosenberg.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Misión Damasco

© 2013 por Joel C. Rosenberg. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en 2013 como *Damascus Countdown* por Tyndale House Publishers, Inc., con ISBN 978-1-4143-1970-4.

Fotografía de la portada del cielo © por Lucien Coy/SXC. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la portada de los aviones © por AFP/Getty Images. Todos los derechos reservados.

Fotografía del autor © 2005 por Joel Rosenberg. Todos los derechos reservados.

Diseño: Dean H. Renninger

Traducción al español: Mayra Urizar de Ramírez

Edición del español: Mafalda E. Novella

Algunos versículos bíblicos han sido tomados de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Algunos versículos bíblicos han sido tomados de *La Biblia de las Américas*®, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Algunos versículos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, *Nueva Versión Internacional*,® *NVI*.® © 1999 por Bíblica, Inc.™ Usado con permiso de Zondervan. Todos los derechos reservados mundialmente. www.zondervan.com.

Algunos versículos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, *Traducción en Lenguaje Actual* © Sociedades Bíblicas Unidas, 2000. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Misión Damasco es una obra de ficción. Donde aparezcan personas, eventos, establecimientos, organizaciones o escenarios reales, son usados de manera ficticia. Todos los otros elementos de la novela son productos de la imaginación del autor.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Rosenberg, Joel C., date.

[Damascus countdown. Spanish]

Misión Damasco / Joel C. Rosenberg.

p. cm.

ISBN 978-1-4143-1972-8 (sc)

1. Intelligence officers—United States—Fiction. 2. Nuclear warfare—Prevention—Fiction.

3. Security, International—Fiction. 4. Middle East—Fiction. 5. Iran—Fiction. I. Title.

PS3618.O832D3618 2013

813'.6—dc23

2013031520

Impreso en Estados Unidos de América

19 18 17 16 15 14 13

7 6 5 4 3 2 1



★ ★ ★ ★ ★

**JUEVES,
10 DE MARZO**

PREFACIO

DE OPERACIÓN TEHERÁN

QOM, IRÁN

David Shirazi miró su reloj. Respiró profundamente y trató de calmarse. El plan requería de una coordinación de fracción de segundo. No podía haber cambios. Nada de sorpresas. El tiempo era escaso. Los riesgos eran muy altos y ya no había forma de echarse atrás. No obstante, había algo que tenía que aceptar: era muy posible que dentro de tres minutos estuviera muerto.

David le ordenó al conductor del taxi que se detuviera enfrente de la famosa Mezquita de Jamkaran. Le pagó al conductor, pero le pidió que se detuviera y esperara. Le dijo al hombre que tenía que entregar un paquete, pero que solamente tardaría un momento y volvería.

David examinó cuidadosamente a la multitud. Todavía no veía a su contacto, pero no dudaba de que el hombre llegaría. Mientras tanto, era difícil no maravillarse por la suntuosa estructura, el gigantesco domo turquesa de la mezquita al centro, con dos domos verdes más pequeños a los lados y dos minaretes exquisitamente pintados que se alzaban por encima de todo. El lugar —que se reverenciaba desde el siglo x, cuando un clérigo chiíta de la época, el jeque Hassan Ibn Muthlih Jamkarani, supuestamente recibió la visita del Duodécimo Imán— había sido un terreno agrícola. Ahora era uno de los lugares religiosos más visitados en todo Irán.

Durante los últimos años, el Ayatolá Supremo y el presidente de Irán, ambos «imanistas» muy devotos y discípulos apasionados del así llamado mesías islámico, habían canalizado millones de dólares para renovar la mezquita y sus instalaciones, y para construir nuevas y bellas autopistas de carriles múltiples desde la mezquita hasta Qom y Teherán.

Ambos líderes la visitaban regularmente y la mezquita se había convertido en objeto de un gran número de libros, programas televisivos y documentales. Después del reciente surgimiento del Duodécimo Imán en el planeta y del rumor de que una niña muda de nacimiento había sido sanada por el Mahdi después de visitar la mezquita, las multitudes habían seguido aumentando.

David caminaba de un lugar a otro frente a la puerta principal que llevaba hacia el complejo sagrado. Sintió que vibraba el teléfono satelital en su bolsillo. Sabía que era el Centro de Operaciones Globales. Sabía que sus superiores en la oficina central de la CIA en Langley, Virginia, miraban todo lo que ocurría a través del Predator teledirigido que sobrevolaba a unos tres kilómetros por encima de su cabeza, pero no se atrevía a contestar la llamada. Allí no. Ni en ese momento. Lo que fuera que tuvieran que decirle, era demasiado tarde. No quería hacer nada que asustara al hombre con el que había ido a reunirse. Por lo que ignoró la vibración y volvió a mirar su reloj. Había llegado justo a tiempo. ¿Dónde estaba Javad Nouri?

Veía cómo llegaban docenas de buses llenos de peregrinos chiítas, dejaban a sus pasajeros y guías y luego se dirigían al estacionamiento principal, mientras que otros buses recogían a sus pasajeros y se dirigían a casa. Estimó que había unas doscientas personas que circulaban por el frente, ya fuera entrando o saliendo. Había unos cuantos oficiales de policía uniformados, pero todo parecía tranquilo y en orden. Nouri, el asistente de confianza del Duodécimo Imán, era un hombre sagaz. Había elegido bien. Cualquier disturbio allí tendría muchísimos testigos, y a David le preocupaba lo que le pudiera ocurrir a los transeúntes inocentes.

David sintió un golpecito en su hombro.

Se dio vuelta y allí estaba Javad Nouri, rodeado de media docena de guardaespaldas vestidos de civil.

—Señor Tabrizi, qué bueno verlo otra vez —dijo Javad Nouri, refiriéndose a David por el único nombre que el iraní sabía de él.

—Señor Nouri, qué bueno verlo también.

—Confío en que no haya tenido problemas para llegar.

—En absoluto —dijo David.

—¿Había estado aquí antes? —preguntó Nouri.

Parecía una pregunta extraña, dado el momento.

—En realidad, me avergüenza decir que no.

—Algún día tendré que darle un recorrido.

—Me encantaría hacerlo.

Nouri miró la caja que David tenía entre las manos.

—¿Es este el paquete que estamos esperando?

—Sí —dijo David—, pero tenemos un problema.

—¿Qué problema?

David echó un vistazo a su alrededor. Observó que había varios guarda-espaldas más que tomaban posiciones en un perímetro a su alrededor. También había una camioneta blanca que estaba esperando en el borde de la acera, con un guardia que mantenía la puerta posterior abierta. Delante había otra camioneta que posiblemente servía como el vehículo principal de seguridad. Detrás había una tercera, completando el grupo.

—Muchos de los teléfonos están dañados y no se pueden usar —explicó David y le entregó la caja destrozada al asistente del Mahdi—. Algo tuvo que haber pasado en el embarque.

Nouri maldijo y su expresión inmediatamente se ensombreció.

—Los *necesitamos*.

—Lo sé —respondió David.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Mire, puedo volver a Munich por más. Eso es lo que quería hacer en primer lugar, pero...

—Pero Esfahani le dijo que no fuera.

—Bueno, yo...

—Lo sé, lo sé. Que Alá me ayude. Esfahani es un tonto. Si no fuera el sobrino de Mohsen Jazini, no estaría involucrado en absoluto.

—¿Qué quiere que haga, señor Nouri? —preguntó David—. Eso es todo lo que importa, lo que usted y el Prometido quieran. Por favor, entienda que haré cualquier cosa para servir.

Las palabras acababan de salir de su boca cuando escuchó frenos rechinando detrás de él. Luego todo pareció desarrollarse en cámara lenta. El plan que su equipo había organizado comenzó a desarrollarse y a David solo le quedó esperar que todo resultara según lo acordado. Oyó

el estallido de un rifle de francotirador y que uno de los guardaespaldas de Nouri cayó. ¡Pum! ¡Pum! Dos más de los hombres de Nouri se desplomaron. Entonces el mismo Nouri recibió una bala en el hombro derecho y comenzó a tambalearse. Estaba sangrando mucho. David se lanzó sobre Nouri para protegerlo, a medida que los disparos se intensificaban y que más guardaespaldas recibían disparos y caían al suelo.

David se dio vuelta para mirar a los tiradores. Pudo ver filas de buses. Vio taxis. Vio gente que corría y gritaba. Luego sus ojos se fijaron en una furgoneta blanca que pasaba. La puerta lateral estaba abierta. Pudo ver destellos de disparos que salían de tres armas en el interior y supo que eran sus compañeros los que tiraban de los gatillos.

Un oficial de la policía iraní —guardia asignado a la mezquita— sacó su revólver y comenzó a responder a los disparos. Dos de los agentes de Nouri vestidos de civil, que estaban en los alrededores, levantaron sus metralletas y dispararon a la furgoneta, que a toda velocidad se abrió camino en zigzag entre el tráfico y desaparecía en la curva.

Entonces fue el momento para la fase dos, planificada para reducir la velocidad de cualquiera que persiguiera a sus hombres.

David anticipó la explosión cuando un coche bomba estalló a unos cien metros de distancia. Instintivamente se agachó. Se tapó los ojos e hizo lo mejor que pudo para proteger el cuerpo de Nouri de los vidrios rotos y del metal fundido que les caía encima. El aire estaba impregnado de olor a quemado y de pánico. Cuando el humo grueso y negro comenzó a despejarse un poco, David pudo ver las llamas que salían de lo que quedó del auto principal del grupo de seguridad de Nouri.

A su alrededor, la gente lloraba, sangraba y pedía ayuda a gritos. David giró para mirar a Nouri. Pudo ver la herida expuesta en la parte superior del brazo del hombre, pero después de una revisión rápida, no encontró ningún otro agujero de bala. Sacó un pañuelo y le hizo presión. Luego se quitó su cinturón e hizo un torniquete para contener la hemorragia.

«Javad, míreme —dijo David suavemente—. Todo va a estar bien. Solamente que no deje de mirarme. Voy a orar por usted».

Nouri parpadeó por un momento y emitió la palabra *Gracias*. Luego cerró los ojos y David gritó pidiendo ayuda.

De repente, cuatro aviones de combate pasaron rugiendo sobre la mezquita. Volaban increíblemente veloces y muy bajo, y el ruido era ensordecedor. Pero no eran aviones rusos MiG-29 que el sha le había comprado a Estados Unidos antes de la Revolución, ni ningún otro avión del arsenal iraní. Eran flamantes aviones F-16, cargados de municiones y con tanques adicionales de combustible. David sabía muy bien que el presidente Jackson no los había enviado. No eran aviones de combate estadounidenses. Lo cual solamente podía significar una cosa: los israelíes estaban allí. El primer ministro Neftalí verdaderamente lo había hecho. Había ordenado un ataque preventivo. Había comenzado la guerra que todos en la región habían temido.

1

QOM, IRÁN

David sabía que una de las instalaciones nucleares más grandes de Irán —la planta de enriquecimiento de uranio en Fordo— estaba a unos cuantos kilómetros de distancia al otro lado de la cordillera y, como era de esperar, una fracción de segundo después oyó el ruido ensordecedor de explosiones, una tras otra en sucesión rápida. Se dio la vuelta y vio enormes bolas de fuego y columnas de humo que se elevaban al cielo, y los cuatro aviones israelíes que desaparecían en las nubes.

Sin embargo, luego, otro grupo de ataque bajó en picada detrás de ellos. Otros cuatro aviones de combate israelíes —decorados con la Estrella de David pintada de azul en sus alas— descendieron como un rayo. Asumió que, de igual manera, su misión era atacar las instalaciones que estaban a poca distancia. No obstante, David miró horrorizado cómo uno de los aviones disparó primero un misil aire-tierra en el corazón de la mezquita que estaba detrás de él. Le estaban enviando un mensaje al Duodécimo Imán y a todos sus seguidores, pero estaban a punto de destruir el plan de David.

Tuvo el instinto de levantarse y de correr a protegerse, pero ya era demasiado tarde y tuvo que hacer todo lo posible para proteger a Javad Nouri. Esa era su misión. Bajo ninguna circunstancia podía permitir que Nouri muriera. A toda costa tenía que devolverle el asistente al Mahdi, herido pero vivo y muy agradecido con David. Creía que era la única oportunidad de ganarse la confianza del Mahdi, y la única pizca de probabilidad que tenía de que lo invitaran al círculo más íntimo. Por otro lado, ¿importaba algo de eso ahora? La guerra a la que lo habían

enviado para prevenir estaba sobre la marcha. La masacre en ambos lados iba a ser incalculable. Toda la región estaba a punto de estallar en llamas. ¿Qué le quedaba por hacer?

De repente, el suelo se convulsionó cuando una serie de explosiones arrasó el complejo. Los minaretes comenzaron a tambalearse. La gente gritó otra vez y corrió en todas las direcciones cuando la primera torre se derrumbó, seguida por la segunda. David se cubrió la cabeza y se aseguró de que Nouri también estuviera cubierto. Entonces, cuando el humo comenzó a despejarse, se dio vuelta y examinó la matanza. Los cuerpos estaban dispersos. Algunos estaban muertos. Otros estaban seriamente heridos. David volteó a ver a Nouri. Estaba cubierto de sangre. Sus pupilas estaban dilatadas, pero todavía estaba respirando. Todavía estaba vivo.

Con las armas en ristre, tres guardaespaldas heridos pronto corrieron a su lado. Con su ayuda, levantaron cuidadosamente a Nouri y lo llevaron a la camioneta blanca, que estaba muy dañada por la explosión del coche bomba, pero aún intacta y funcionando. Juntos, colocaron a Nouri en el asiento de atrás. Un hombre de seguridad se metió al asiento de atrás con él. Otro se sentó en uno de los asientos del medio. El tercero cerró y le puso seguro a la puerta lateral, luego se sentó en el asiento del pasajero.

«Espere, espere; olvidó esto —gritó David justo antes de que el guardia cerrara la puerta. Levantó la caja de los teléfonos satelitales y se la dio al guardia—. El Mahdi los quería —dijo David—. No funcionan todos, pero algunos sí».

Entonces sacó una pluma y escribió rápidamente su número de teléfono celular en la caja. «Haga que la gente del Mahdi me llame y me diga cómo está Javad, y dígame si hay algo que pueda hacer por el mismo Mahdi».

El guardia le agradeció a David y le estrechó la mano vigorosamente. Luego cerró la puerta y lo que quedaba de la caravana salió a toda velocidad.

David se quedó allí parado, solo, mientras el suelo volvió a temblar. Más aviones israelíes bajaron en picada del cielo. Lanzaron más misiles y dejaron caer más bombas sobre objetivos arriba en las montañas. Por

un momento, David no pudo moverse. Miró las oleadas de humo que subían de los ataques aéreos sobre el horizonte y trató de calcular su próxima maniobra.

Miró a la calle en busca del taxi al que le había pedido que lo esperara. No estaba por ningún lado, pero no podía culpar al conductor. La gente estaba aterrorizada por los disparos, el coche bomba y los ataques aéreos. Corrían tan rápido como podían a todos lados. David sabía que también tenía que irse. No podía darse el lujo de que la policía lo atrapara y se lo llevara para interrogarlo. Tenía una misión. Tenía un plan. Tenía un equipo que contaba con él. Sabía que tenía que permanecer enfocado, pero se lamentaba por los que estaban heridos a su alrededor. Por lo que se dio la vuelta y corrió al lado de un guardia que estaba severamente herido y casi inconsciente. Al oír que las sirenas se acercaban de todos lados, David se quitó la chaqueta y la usó para hacer presión en la pierna que le sangraba al hombre. Mientras lo hacía, oró en silencio por el hombre y le pidió al Señor que lo consolara y lo sanara.

Las ambulancias comenzaron a llegar a la escena. Los paramédicos pronto corrieron hacia los heridos para atenderlos y para transportar los casos más graves a los hospitales más cercanos. En medio del caos y de la confusión, David vio su oportunidad. Le quitó una pistola al guardaespaldas herido y se la metió en el bolsillo. Luego se dirigió hacia otro de los guardias derribados. Parecía que el hombre miraba hacia el cielo; tenía la boca abierta. Cuando David le revisó el pulso, no encontró nada. Le cerró los ojos al hombre y después, rápidamente, asió un cargador de reserva y tomó la radio del guardia.

Los bomberos ya estaban llegando para combatir los múltiples incendios. También llegaron más oficiales de policía. Comenzaron a asegurar la escena del crimen y a entrevistar a los pocos testigos que no habían huido de la escena lo suficientemente rápido. David trató de usar la conmoción como un escondite. Estaba decidido a que no lo interrogaran, mucho menos a quedar expuesto. Sin embargo, oyó que alguien gritaba detrás de él. David giró y vio a un clérigo anciano, con sangre esparcida en toda su túnica, que lo señalaba.

«¡Hablen con ese hombre! —le dijo el clérigo a un oficial de policía—.

Él estaba aquí cuando comenzaron todos los disparos. Y creo que le quitó algo a ese hombre muerto».

El policía miró directamente a David y le ordenó que se detuviera. David no hizo caso. Con un arranque de adrenalina, dio la vuelta y comenzó a correr velozmente hacia los escombros de la mezquita que ardían. El oficial volvió a gritarle que se detuviera, comenzó a correr detrás de él y les gritó a otros oficiales para que se unieran a la persecución.